

ESCAPADA  
ALREDEDOR  
DEL ARCO IRIS

JORDI SIERRA I FABRA



Una novela con el espíritu de Woodstock que se publicó en 1983.

Un chico se escapa de su casa en California y cruza Estados Unidos de costa a costa para asistir al Festival, exactamente como lo hicieron miles de jóvenes en EE.UU., y también en Europa o Latinoamérica. En ese viaje descubre el mundo, a sí mismo y se cruza con Jodi, una misteriosa chica de la que se enamora.

El protagonista va al Festival de Woodstock en busca de la vida. Jodi, como los elefantes, va a morir allí.

## Prólogo

*Me encontré con una criatura de Dios.*

*Iba caminando por la carretera*

*cuando, entonces, le pregunté: «¿Dónde vas? ¿Dónde?»*

*Quizá me respondió:*

*«Voy directo a Yagur's Farm.*

*Allí gozaré de una banda de rock and roll, me desplazaré fuera de la Tierra, intentaré dar libertad a mi alma».*

*«Entonces, ¿puedo caminar junto a ti?*

*He tenido que venir aquí para dejar la niebla y me siento como si fuera un engranaje dando vueltas en alguna cosa».*

*«Bien, quizás esta es la época del año, quizás es el tiempo del hombre.*

*Y yo no sé ni quién soy.*

*¡Cómo me gustaría saberlo!*

*Durante el tiempo que estuve en Woodstock había medio millón de fuerzas.*

*En cualquier parte había canciones de celebración, y soñé que veía a los bombarderos cabalgando fusiles en el firmamento, y se convertían en mariposas sobre las naciones.*

*Woodstock, Woodstock, somos polvo de estrella, somos dorados,*

*y hemos conseguido encontrarnos a nosotros mismos de regreso al jardín.*

*Woodstock, Woodstock».*

*Woodstock (J. Mitchell) — JONI MITCHELL*

Los días 16, 17 y 18 de agosto de 1969, en Woodstock, estado de Nueva York, se celebró el más importante festival de música rock de la historia, con medio millón de espectadores y los mejores artistas del momento reunidos bajo un lema que era la expresión de un sentimiento: «Amor, Paz y Música».

Decir que Woodstock fue un hito, siendo ello justo, es minimizar su importancia histórica, social y emocional. El tiempo ha hecho del festival una leyenda viva. Woodstock marcó el clímax del movimiento hippy, de una generación, quizá de una pandilla de locos que creímos que podíamos cambiar el mundo, como lo ha creído cada generación...

Woodstock fue la cumbre de una generación que buscó algo, como todas, y que dejó una huella. Si los años sesenta trajeron consigo un tipo de revolución distinta a las conocidas, el festival fue el cénit de esa revolución. A un cuarto de siglo del final de la segunda guerra mundial, Woodstock fue la libertad y el símbolo de una independencia, de una energía. Por primera vez, medio millón de jóvenes llegados de todas partes del mundo, que habían recorrido cientos y miles de kilómetros durante días y semanas, se unieron bajo el aquelarre de la paz.

Woodstock no fue un paraíso. Las lluvias que azotaron el lugar durante el festival hicieron que la zona fuese declarada «de emergencia», «de desastre». Desde helicópteros se arrojaron prendas de vestir y comida. Pero el festival continuó hasta que la última nota fue tocada y el último espectador inició el largo camino de vuelta a casa. Durante tres días, Woodstock fue una ciudad sin calles, y sus gentes, la «nación de Woodstock», los habitantes del mayor fenómeno natural que la historia había conocido hasta ese momento, un manto humano, multicolor y vibrante, que se extendió por prados y colinas, alrededor de un escenario

donde la música, el símbolo de esa revolución, era el gran aglutinante.

Los protagonistas de este libro son reales. George y Jodie existieron, y este libro está dedicado a ellos. Las semanas previas al festival, cientos de chicos y chicas, adolescentes en su mayoría, recorrieron Estados Unidos de costa a costa atraídos por el reclamo mágico de la música y por algo que ni siquiera puede ser definido con palabras. ¿Realmente era una búsqueda o una huida? George y Jodie pueden ser un ejemplo. Como ellos, otros tomaron parte en la gran aventura. Como ellos, unos vencieron y otros perdieron. Pero dudo de que siguieran siendo los mismos después de aquellos tres días. El festival fue un cambio, un bello cambio. Los años setenta estaban a la vuelta de la esquina, y en ellos surgiría otro mundo y otra generación a la búsqueda de su revolución.

George y Jodie son un ejemplo. Se dice que el festival de Woodstock culminó con 10.000 matrimonios, y que, a los nueve meses, los nacimientos originados en aquellos tres cálidos días de agosto fueron abundantes. Como George y como Jodie, los caminos, las carreteras y las autopistas se convirtieron en ríos de muchachos y muchachas que aprendieron a conocerse y amarse.

Tal vez sea un romántico. Es posible. Pero Woodstock me marcó y este libro es un reflejo de esa huella indeleble. No creo que haya habido nada igual a Woodstock ni creo que pueda haberlo en el futuro. Otros festivales, como el de Watkins Glen en 1973, con 600.000 espectadores, han superado a Woodstock en cantidad, pero no en calidad ni emoción, en pasión y amor.

Por ello, además de George y Jodie, este libro está dedicado a todos ellos, a los quinientos mil, a la «nación de Woodstock», y a mi generación, y a los músicos del festival, y a cuantos en los años sesenta aprendimos a vivir y a amar bajo el influjo eterno de la música.

JORDI SIERRA i FABRA

## Primera parte

### *Los Ángeles, julio de 1969*

*La gente trata de acabar con nosotros, solo porque conseguimos cosas que para ellos son tremendamente frías.*

*Espero morirme antes de hacerme viejo hablando sobre mi generación.*

*Esta es mi generación, esta es mi generación, chico.*

*¿Por qué no desaparecen todos ellos?*

*My Generation*

(Pete Townshend) — THE WHO

*Y en la desnuda claridad*

*yo vi diez mil personas, tal vez más.*

*Gente hablando sin decir nada.*

*Gente oyendo sin escuchar.*

*Gente escribiendo canciones que ninguna voz compartirá.*

*Y ninguno se atreve a perturbar el sonido del silencio.*

*The Sound of Silence*

(Paul Simon) — SIMON & GARFUNKEL

## 1

—Los Who, Joe Cocker, Joan Baez, Jimi Hendrix, Simon y Garfunkel, Ten Years After...

—Hasta Crosby, Stills, Nash y Young.

—¿Te das cuenta, Jay? ¡Esto va a ser todavía más importante que lo de Monterrey hace dos años!

—Quién pudiera estar allí, ¿verdad?

George Pert dejó que el Rolling Stone se doblara en sus manos. Miró hacia las colinas de Hollywood como si pudiera volar por encima de ellas o como si fueran las altas paredes de una cárcel. A su lado, su amigo Jay hizo un gesto de fastidio y resignación. Durante unos minutos el relajado tráfico del Sunset Boulevard les envolvió y les devoró los pensamientos.

—Tampoco pudimos ir a Monterrey, y estaba ahí al lado. ¡Maldita sea, qué verano!

—El último verano —apuntó George.

—El último verano —repitió Jay.

Las colinas de Hollywood, el símbolo de una libertad o de una gran cárcel. Estando en el colegio, las añoraba. Por las noches, en su habitación, soñaba con estar de vuelta en casa. No le gustaba San Francisco, ni el internado, pero en Navidad, y especialmente en vacaciones, comprendía que no eran más que otro muro. Aquel sentimiento le hería profundamente. Si no estaba bien en ninguna parte, ¿significaba que no tenía un hogar, o la posibilidad de ser feliz en algún lado?

—¿Pasarás un mes con tu padre? —le preguntó Jay.

Reaccionó. El anuncio del festival que se celebraba en el otro lado del país le había puesto de un repentino mal humor. Había sido una tarde silenciosa, sin planes, y ahora

se sentía muy incómodo, pero Jay, el bueno de Jay, no tenía la culpa.

—No —dijo—. Mi madre ha llegado a un acuerdo con mi padre. Quiere que pase con ella estos dos meses y medio antes de ir a Harvard. Imagino que querrá estar bien segura de que «me siento feliz».

Remarcó las tres últimas palabras. El enfado crecía por momentos. Dejó el periódico musical y cogió el vaso de limonada fresca que esperaba todavía delante de él. Era una tarde espléndida, pero sentía su cabeza llena de nubarrones espesos que iban cerrándose alrededor de su cerebro.

—Bueno, siempre dices que no te lo pasas demasiado bien con tu padre.

—No, claro. El pobre hace lo que puede. Quiere ser «padre», ya sabes. Cree que llevándome a los partidos o charlando conmigo cada noche, «de hombre a hombre», como «amigos», cumple con su cometido. Y yo dejo que lo crea.

—No sé qué debe de ser peor —dijo Jay—, tener un padre como el tuyo, divorciado de tu madre, al que casi no ves, o no tenerlo, como en mi caso, por haber muerto.

No había respuesta, aunque pensó que Jay podía recordar a su padre con cariño. Sus recuerdos, cinco años atrás, eran de peleas y gritos. Ya no importaba de quién había sido la culpa. Cinco años. Después... San Francisco, el colegio, y su madre, siempre ella.

—Es tan absorbente, tan posesiva... —murmuró en voz alta.

—¿Quién? ¿Tu madre?

—Sí.

—Todavía no estás seguro de querer ir a la universidad, ¿no es cierto?

Arlo Guthrie, Melanie, Mountain, Richie Havens, Band, Creedence Clearwater Revival, Sly & The Family Stone, Grateful Dead, Santana, Ten Years After, Joe Cocker, Jimi Hendrix, los Who, Simon & Garfunkel, Crosby, Stills, Nash &

Young... Los nombres parecían salir de la página, tener vida propia.

Eran un símbolo de libertad.

—Cielos —suspiró George—, tengo diecisiete años y no he tomado una sola decisión en mi vida. Y lo que es peor, tampoco he hecho nada para poder tomarla. Nunca he realizado nada importante. Nunca.

## 2

El *In-a-gadda-da-vida* de Iron Butterfly estallaba surgiendo a toda potencia de las pantallas del equipo estereofónico, rebotaba por las cuatro paredes repletas de posters y llevaba de uno a otro lado el ritmo constante y preciso del bajo.

El verano estaría repleto de días como aquel, tan vacíos, tan absurdos. Y en septiembre...

Se abrió la puerta de la habitación y vio a su madre en el quicio, con un gesto de horror.

—¡Cielos, es para volverse loca! ¿Estás sordo? ¡Llevo horas llamándote para que bajes a cenar! ¿Cómo puedes estar sano oyendo este ruido infernal?

La mujer bajó el volumen del equipo sin dejar de hablar. Fue a la ventana y la abrió. Puso bien una fotografía en la que había dos niños sonrientes. George la contempló sin decir nada. Parecía dominada por una extraña fiebre. Sus movimientos eran rápidos, secos a veces, precisos, y la determinación de sus ojos se aunaba a ellos.

—¿Piensas bajar? ¿Te encuentras bien?

Se acercó a él para ponerle una mano en la frente, pero George se apartó. Ella frunció el ceño.

—¡Vamos, ponte una camisa y baja! —De pronto sonrió como si recordara algo y guiñó un ojo—. Hoy he hecho algo especial.

Louise Pert era alta, bien formada. Los años, que en otras pesaban, eran en ella un afianzamiento como mujer. Tenía el rostro afilado, anguloso, y el cabello lo enmarcaba, destacando los rasgos principales. En alguna parte había leído que los rostros afilados evidenciaban determinación, fuerza. Y su madre era más que fuerte. Tenía un cargo de responsabilidad en los estudios Universal, y una bien ganada fama de eficiencia. Dirigía hombres y mujeres con habili-

dad, con rigidez a veces. Incluso en casa, sus peticiones eran órdenes que no admitían réplica.

—¿Vas a bajar o no?

—Es solo un segundo —dijo George—. No me gusta quitar el disco a la mitad. Bajo en seguida.

Su madre miró el disco que giraba en el plato e hizo de nuevo un gesto de asco. Salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado, no sin antes recoger un bolígrafo del suelo para depositarlo sobre una repisa. Amaba el orden. George siguió quieto, con los ojos hundidos en la puerta y con el mismo extraño e inquieto sentimiento que le había estado acosando durante las últimas horas.

Se levantó y volvió a subir el volumen del aparato hasta el máximo, después se acercó a la ventana.

Cogió la fotografía de la mesa. Su madre siempre la cambiaba de posición, instintivamente, y él la volvía a colocar como estaba, porque le gustaba verla desde la cama. Era la única fotografía que tenía de Waylon y de él.

—¿Qué habiéramos hecho juntos, hermano? —le preguntó a la foto.

*In-a-gadda-da-vida* entró en el clímax. La guitarra cimbreó en el techo de su largo trabajo como solista y permitió la entrada de la voz y del pesado y contundente ritmo final.

Aún seguía mirando la fotografía cuando el disco finalizó y el brazo automático se levantó para volver a su posición de reposo.

En ese mismo instante, la voz de su madre, surgiendo de las entrañas de la casa, le gritó:

—¡George!

## 3

—Carolyn da mañana una fiesta.

—Ajá.

—¿Iremos?

George consideró la pregunta de Jay. Carolyn y sus fiestas. Bueno, en realidad eran todas las fiestas en general. Desde que había llegado a Los Ángeles no había hecho otra cosa que ver a los amigos y conocidos de siempre. Todo parecía seguir igual, inalterable. Solo él creía entender que nada era igual, que el tiempo pasaba rápidamente.

Una fiesta más.

—No lo sé.

Jay se incorporó de un salto.

—¡Diablos! Si no vamos, Carolyn es muy capaz de arañarnos.

Ese era el quid de la cuestión. La rutina obligaba a ir. ¿Qué otra cosa podía hacerse? Estaban en verano. Había que divertirse, pasarlo bien. Por detrás quedaba casi un año de disciplina, y por delante el futuro que parecía comenzar demasiado aprisa. Carolyn y su fiesta formaban una de las islas del remoto tiempo intermedio, el tiempo de la espera.

Jay acabó de sentarse en la hierba, de espaldas al sol. Su cuerpo proyectó una sombra sobre el rostro de George.

—¿Por qué no me cuentas lo que te sucede? —apuntó—. No soy el mago Merlín, pero entre los dos... En fin, a lo mejor lo arreglamos. ¿Qué es?

George se encogió de hombros.

—No lo sé —volvió a decir.

—¿No sabes qué te sucede? —inquirió Jay—. Desde que llegaste de San Francisco estás como ausente, perdido. ¿Has dejado alguna chica allá y no me lo has dicho?

—No, no es eso. Si hubiera habido una chica, al menos habría algo. Lo malo es eso, que no hubo nada, que no hay nada y que no va a haber nada.

Jay agravó su rostro.

—Oye, no me gusta oírte hablar así. Me preocupas.

—Lo siento, socio.

—No, no lo sientas: afróntalo. ¿Es una mala temporada o algo parecido?

—Me temo que no, que sea algo más profundo.

—Te asusta la universidad. Tiene que ser eso —afirmó Jay.

—No es por lo de la universidad... Siento que tengo que ir, pero también que deseo ir, y sin embargo no sé el motivo, no sé por qué siento eso, ni por qué debo ir. En realidad es como si supiera que me están empujando, pero al mirar detrás de mí no viera nada. Llevo diecisiete años haciendo lo que quieren los demás... Bueno, lo que quiere mi madre especialmente, pero nadie me dice por qué debo hacer las cosas. ¡Oh, sí, claro! Ellos dicen que es por nuestro bien, por nosotros, pero a veces creo que es por el suyo, para que ellos se sientan bien, para que piensen que han cumplido con su deber. Pero ¿y yo? ¿Qué diablos siento yo? Si pudiera...

—¿Si pudieras qué? —instó Jay.

George movió las manos frente a sí, como buscando algo que no encontrara.

—Pensar, hacer algo..., no lo sé. Si lo supiera lo haría. Me gustaría verlo todo claro, estar solo y darme cuenta de las cosas, sentir... Sí, especialmente sentir.

—Cabello largo, un zurrón, libertad y carretera. A lo hippy, ¿no es eso?

George sonrió levemente y dio un suave golpe en el hombro de su amigo.

—Podría ser. Hace tres años, cuando comenzó todo lo del *flower-power* en San Francisco, queríamos ser hippies, ¿te acuerdas?

—Hubiera sido estupendo. Tú y yo por ahí, durmiendo al raso, viviendo en una comuna, con chicas maravillosas...

—Los ojos de Jay se iluminaron—. ¡Eh! ¿Quién dice que no estamos todavía a tiempo?

—¡Jay! ¡George! Si no os bañáis poneos una camisa. ¡Lleváis mucho tiempo al sol!

Miraron hacia el otro lado de la piscina. La madre de Jay estaba sentada en su tumbona, poniéndose loción.

—Antes odiaba el sol, pero ahora sale con un tipo al que por lo visto le gustan morenas.

—¿Me habéis oído? —gritó la mujer.

George resopló con abatimiento.

—¿De verdad crees que estamos a tiempo? —dijo con tristeza.

Jay se puso una camisa. La piscina era un retazo de azul quieto bajo el azul del cielo. La casa, de madera y cristal, se apoyaba sobre una ladera que brillaba con un millar de tonos verdes. Cualquier aproximación real del paraíso tenía que consistir en algo como aquello.

—Hubiera valido la pena intentarlo, ¿no crees? —suspiró.

## 4

—¡Oh, querida, para ti debe de ser algo así como una recompensa, un triunfo! ¿Me equivoco?

Louise Pert intentó refrenar su orgullo, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa que a todas luces pretendió ser modesta y se convirtió en un gesto estúpido. Cogió su taza con fingida afectación y bebió un sorbo con los ojos cerrados, dando a entender que no era así pero aceptando el cumplido.

—Quiero decir que, después de todo, es como si hubieras llegado al final del camino, a una meta —continuó Ethel Duncan.

—¡Dios mío, Ethel! —la interrumpió ella—. ¡No soy tan vieja!

Las dos rieron. Su cloqueo se esparció por la estancia, decorada con tonos claros y sencillos, pero en la que se percibía el buen gusto y la meticulosidad, lo caro en armonía con el espacio.

—Tú sabes que no me refiero a la edad —corrigió Ethel Duncan—. Es solo que..., bueno, ver a tu hijo entrar en la universidad debe de ser como alcanzar una meta, especialmente después de lo que tú pasaste, con Waylon primero, y con tu marido, y lo del divorcio después. Ahora ya es un hombre, han pasado los años difíciles, esas locuras de adolescentes... Tal y como está el mundo y la juventud, tu George es un caso aislado, un ejemplo. En cuanto ingrese en Harvard... ¡Harvard, Louise! ¿Te das cuenta? En cuanto ingrese en Harvard comenzará algo completamente nuevo. Incluso lo perderás un poco.

—He hecho lo que toda madre. Solo espero que George comprenda un día lo que han sido estos años para mí, la necesidad de internarle, de cuidarle todavía más después